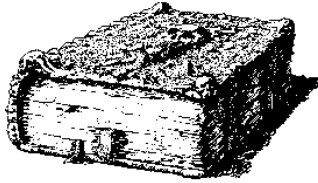


Relatos oscuros



Cuando en 1971, el gran Wellman, ya difunto, volvió a leer esta historia para su reaparición en la destacada publicación de aficionados de Lovecraft *HPL*, reflexionó acerca de lo que tenía en mente al escribirla treinta años antes. (Apareció en el número de agosto de 1937 de *Weird Tales*). Esto es lo que dijo: «Transcurre en el apartamento que teníamos durante los años treinta en East 24th Street, Nueva York; cómodo aunque no ostentoso. La pareja bien pudiera ser yo mismo y mi esposa, que no se llama Gwen. El Kline mencionado se trata del difunto Otis Adelbert Kline, un buen amigo mío, escritor y orientalista. Clark Ashton Smith y Robert Bloch son ellos mismos. El padre O'Neill era un viejo amigo de la familia de otra parte del país. Los años treinta fueron sombríos, con la Depresión en pleno apogeo y Adolf Hitler haciendo de las suyas; pero Kline y Smith y Farnsworth Wright, ese magnífico editor, estaban vivos y llenos de energía, y podías comprar *WT* por un cuarto de dólar, si es que lo tenías».



El Pergamino Terrible Manly

Wade Wellman

(En memoria de H.P. Lovecraft, con toda admiración)

—Aquí tienes tu *Weird Tales* —sonrió mi esposa, entrando en el apartamento.

—Gracias, Gwen —dije, levantándome y cogiendo la revista que sujetaba—. Pero todavía no es día uno.

—Aún faltan dos días —me aseguró Gwen—. Pero cuando llegaba a la puerta, apareció un viejo algo raro con un montón de revistas debajo del brazo... supongo que ejemplares adelantados. Me metió un ejemplar de *W.T.* debajo de la nariz. Le di un cuarto de dólar y... ¡vaya!

Había abierto la revista y una página revoloteó hasta el suelo. Ambos nos agachamos, la cogimos y la soltamos.

Gwen gritó sofocadamente y yo silbé. Y es que esa página caída tenía un tacto húmedo y pegajoso. Malsano, quizá sea la palabra. Aún agachados, nos hicimos una mueca. Entonces vencí mi momentáneo disgusto, recogí la página y la sujeté ante la luz de la lámpara de mi escritorio.

—No es papel —dijo enseguida Gwen.

No lo era, y ¿qué estaba haciendo en un *Weird Tales*? Aunque parecía lo bastante extraño. Era un rectángulo de pergamino ámbar flexible, granulado en su parte superior con escamas, como la piel de algún reptil desconocido. Lo di la vuelta. La otra superficie era más lisa, con marcas similares a poros y líneas de garabatos vagos y mohosos.

—Árabe —declaré—. Vamos a llamar a Kline para que venga. Lee el idioma.

—Hay una palabra griega —dijo Gwen. Su dedo de punta rosácea tocó el renglón de mayúsculas del borde superior:

NEKPONOMIKON

—*Necronomicón* —deletreó—. La P sería *rho* en griego. Suena raro.

—Así se llama el libro de H.P. Lovecraft —le dije.

— ¿Libro? Ah, sí, siempre lo menciona en sus relatos.

— Y muchos de los autores de *W.T.*, Clark Ashton Smith y Robert Bloch y otros, lo han incluido en sus historias —añadí.

—Pero Lovecraft lo inventó ¿no?

Dejé el pergamino en el escritorio, ya que mis dedos aún se rebelaban ante su extraña humedad.

—Lovecraft lo describe como si fuera obra de un hechicero árabe demente, Abdul Alhazred, y se supone que contiene secretos de males poderosos que existían antes del mundo moderno. Se ha convertido en legendario.

Gwen lo miró fijamente, pero no lo tocó.

—¿Es alguna broma del día de los Inocentes, encartada para emocionar a los suscriptores? Si es así, está muy bien hecho. Parece tener un millón de años.

Estudiamos absortos el mohoso garabateo arábigo, con nuestras cabezas muy juntas. Si era falso, la tinta tenía toda la pinta de ser antigua y desvaída.

—Kline tiene que echarle un vistazo —volví a decir—. Tal vez sepa lo que está haciendo en *Weird Tales*.

Gwen estudió la última fila de caracteres.

—Esa parte no es falsa —dijo de repente. Se detuvo un momento, traduciendo mentalmente—. Dice, «Canta el hechizo y devuélveme la vida». —Se puso derecha—. Vamos a jugar a las cartas.

Ambos sentimos alivio al apartar la mirada del pergamino. Aunque nuestra charla había sido por puro entretenimiento, a ambos nos había intimidado la sensación de misterio apremiante. Saqué el tablero y las cartas y comenzamos a jugar en la mesa del comedor.

Diez minutos después me volví de repente como si hubiera escuchado algún ruido mentalmente. El pergamino ya no estaba sobre el escritorio.

—Se ha volado hasta el suelo —dijo Gwen.

Me levanté y lo recogí. Tenía un tacto incluso más desagradable que antes, y esta vez pareció retorcerse en mi mano. Quizá lo hubiese tirado alguna corriente. Tras ponerlo otra vez sobre el escritorio, lo sujeté con un cenicero y volví a la partida.

Gwen me pegó una buena paliza, añadiendo las ganancias al dinero para los gastos de la casa. Me burlé de ella sugiriendo que había pasado su adolescencia en mesas de juego, y después me giré distraídamente hacia el escritorio. Blasfemé, o eso dice Gwen, y salté por encima del escritorio para cogerlo.

—Esto es ridículo —dijo Gwen, barajando nerviosamente las cartas.

Estudí la cosa de nuevo.

—Dijiste que el último renglón estaba en latín —comenté.

—Está en latín.

—No, está en inglés. —Lo leí en voz alta—. «Canta el hechizo y devuélveme la vida». —Y me di cuenta que el penúltimo renglón también estaba en inglés. Estaba escrito con tinta fresca, con mano firme:

Muchas mentes y muchos deseos dan sustancia al culto a Cthulhu.

Gwen miró por encima de mi hombro.

—Tienes razón, cariño, «Muchas mentes y...» ¿qué significa Cthulhu? ¿Tiene que ver con los dioses del inframundo, con los regentes subterráneos a los que veneraban los griegos?

—No me extrañaría —dije, y sonó aún más seco de lo que era mi intención—. Cthulhu es un nombre que Lovecraft y Smith y los otros usaban en sus cuentos. Un dios de antaño, uno de los malos.

Gwen se estremeció, y convirtió el escalofrío en una sacudida de sus hombros.

—Quizá muchas mentes y muchos deseos dieron sustancia a esta página del *Necronomicón*.

—Tonterías, el *Necronomicón* no es más que un producto de la imaginación de Lovecraft.

—¿No dijiste que se había convertido en una leyenda? —recordó, completamente serio—. ¿Cuál es el siguiente paso después de eso?

—Lo que sugieres —dije, tratando de ser alegremente desdenoso— es que ha habido tanta gente que ha pensado y hablado sobre él que en realidad le han dado forma.

—Algo así —admitió. Después, añadió más animadamente—: Al final resultará ser una broma, o algo igual de decepcionante.

—Exacto —coincidió—. Al fin y al cabo, no estamos viviendo en un relato extraño¹.

—Si así fuera, eso lo explicaría todo. —Le entusiasmó la idea—. Se estaba traduciendo deliberadamente a un idioma que pudiéramos leer. Cuando dudamos con el latín...

—Se avino a convertirse en inglés —finalicé.

—Hay más cosas en el cielo y la tierra, Horacio, de las que se sueñan en tu filosofía.

—Trillado pero cierto. Aun así, no me llamó Horacio, y es hora de acostarse. Espero no soñar con filosofías que se convierten en pesadillas. —Una vez más cogí aquel frío y húmedo pergamino—. Voy a poner esto a buen recaudo.

Tras abrir el diccionario sobre el atril junto a mi escritorio, puse el pergamino en su interior y cerré el voluminoso libro sobre él.

—Aquí se queda hasta que Kline venga mañana. Ahora, vamos a la cama.

Fuimos a la cama, pero no a dormir. Gwen se retorció y murmuraba, y todo mi cuerpo, excepto mis párpados, estaba agotado. Nos levantamos una vez para tomar unos bocadillos y leche, y otra a por una aspirina. Nos acostamos por tercera vez y al menos yo me quedé medio dormido.

Desperté por la presión de los dedos de Gwen sobre mi hombro. Después escuché lo que había oído, un débil y sigiloso crujido.

¹ Referencia al weird de *Weird Tales* (Relatos Extraños, o Insólitos).

Estiré el brazo buscando el interruptor encima de la cama. La habitación se iluminó, y a través de la puerta abierta pude ver la sala de estar. Me senté en la cama, mirando fijamente.

Algo colgaba de las hojas del diccionario junto al escritorio, algo que se movía. Algo que sería rectangular si estuviera sobre una superficie plana, pero que ahora parecía fluir desde su estrecha prisión como un chorrito de inmundicia líquida.

—Va a venir a por nosotros —resolló Gwen, casi sin voz.

El pergamino se liberó y cayó al suelo haciendo un ruido carnoso, como si pesara algo. Comenzó a moverse por la alfombra hacia la puerta del dormitorio. Hacia nosotros.

Quizá podría describir con todo lujo de detalles su aspecto al moverse, cómo se elevaba en el medio y situaba sus esquinas sobre el suelo como pies. Pero ¿cómo puedo expresar su horrible malevolencia, cómo puedo transmitir la sensación de poder impío que emitía en ondas casi palpables? Podríais haceros una idea cubriendo una tortuga que se arrastra con un papel marrón... no, eso parece absurdo. No había nada divertido en la manera de moverse del pergamino, ni un átomo de humor.

Gwen se acurrucó, encogida y asustada, contra el cabecero de la cama. Su terror desvalido me puso nervioso. De alguna manera, me incorporé y me puse de pie. No debía tener un aspecto demasiado heroico descalzo, con el pelo revuelto y el pijama azul, pero estaba listo para luchar.

¿Luchar con qué? ¿Y cómo?

Llegó ondulándose al umbral de la puerta como un gusano plano y desganado. Vi la escritura, no desvaída sino negra y marcada. Tras coger un vaso de agua de la mesilla, lo lancé. El malvado objeto se arrugó súbitamente a un lado. El cristal se hizo añicos contra el suelo donde había estado. El pergamino venía encorvándose, desliziéndose hacia mis dedos desnudos.

—Destrózalo —gimió Gwen. Debía de haber estado a punto de desmayarse.

Su pequeña sombrilla estaba apoyada en una silla, con una borla de seda en su mango y un regatón de ámbar de imitación. La cogí y lancé una estocada contra el intruso. La punta clavó su centro contra el suelo, atrapándolo allí un instante. Entonces vi de qué manera había cambiado.

En el encabezado, NEKPONOMIKON seguía escrito en tinta antigua, pero la escritura arábiga se transformaba en inglés, con letras grandes, doradas y negras como el azabache. Encorvándome para mantenerlo sujeto al suelo, leí de un vistazo el primer renglón.

Desde entonces he querido pronunciar en alto esa frase, o escribirla, mil veces, para hacer algo para aliviar mi mente. Pero no debo, ni ahora ni nunca.

¿Quién forjó un pensamiento tan espantoso? Abdul Alhazred es una quimera de Lovecraft. Y Lovecraft es humano; nunca hubiera podido soñar aquellas palabras que yacían en mi mente como eslabones de una cadena de hierro al rojo. Y no eran más que el comienzo del escrito. ¿Qué podría haber sido al completo?

No me atrevo a suponerlo. Pero supe esto a ciencia cierta, mientras intentaba estrujar el pergamino bajo la inadecuada sombrilla: el mal informe de tantos siglos había cobrado forma. Un autor había imaginado el libro; otros le habían

dado la existencia gracias a sus propias imágenes mentales. La leyenda se había convertido en un espantoso gancho del que el terror, deslizándose desde la frontera de su reino prohibido, podía colgarse, volviéndose tangible, macizo, poderoso.

—Gwen —llamé— tápate los ojos. No mires. No leas.

—¿Qué? —su pálida faz se acercó al inclinarse sobre la cama.

—¡No leas! —le grité.

El pergamino se retorció bajo la punta de la sombrilla. Llegó hasta mi pie, estaba trepando por mi pierna.

¿Escaralaría mi cuerpo y me cubriría la cara, introduciendo por la fuerza su mensaje indecible en mi mente? Porque entonces tendría que hablar.

La carga sería demasiado pesada. Mis labios se abrirían para aliviar la tortura. «Canta el hechizo...» y el mundo sería aplastado bajo los horripilantes pies de Cthulhu y sus terribles parientes. ¿Qué desgracias y pecados quedarían libres? Y sería yo el que pronunciase las palabras para liberarlos.

Mareado y débil, me arranqué la cosa de mi pierna. Se agarraba, como su tuviera ventosas o tentáculos, pero la despegué y la tiré a una papelera de metal, entre pedazos arrugados de papel. Intentó salir de nuevo. Agarré mi mechero de la mesilla. Funcionó; se encendió y lo arrojé dentro de la papelera.

La masa de papel se convirtió en fuego y humo. De ella salió un chirrido débil y vibrante, que se sentía más que se escuchaba, como la voz distante de un murciélago. En el fondo del pequeño horno golpeé al proscrito heraldo de la destrucción. Se arrugaba y retorció entre las llamas, pero no ardía.

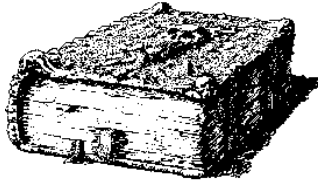
Gwen estaba farfullando al teléfono.

—¡Padre O'Neill! —gritó—. ¡Venga rápido, con agua bendita!

Entonces colgó y se volvió hacia mí.

—Estará aquí en dos minutos. —Su voz tembló—. Pero ¿qué pasa si el agua bendita no funciona?

Funcionó. Con el primer salpicón, el pergamino y su evangelio de maldad se desvanecieron en una nube de cenizas. Doy gracias por ello, todos los días de mi vida. Pero ¿qué habría pasado si el agua bendita no hubiese funcionado?



Este brevísimo relato vuelve a ver la luz desde las desgastadas páginas del número de marzo de 1941 de *Scorpio*, un fanzine prácticamente desconocido. Hizo falta recurrir a las técnicas arqueológicas y de investigación de Edward P. Berglund (editor de *The Disciples of Cthulhu*) para desenterrar un ejemplar cuando ya habíamos llegado a un callejón sin salida.

El pasaje del *Necronomicón* mencionado en esta historia debe ser el citado en «A través de las puertas de la llave de plata» de E. Hoffmann Price y H.P. Lovecraft. O, dependiendo de lo que Martin Brown pensara que significaba, posiblemente tuviera en mente el texto del *Necronomicón* de «El ceremonial». Cabe preguntarse si el nombre «Xander» es tan simbólico como el del artista Pickman, ya que parece ser su equivalente. Si «Pickman»¹ nos evoca a una manada de chacales royendo los huesos de una jugosa pieza de carroña, «Xander» pudiera considerarse una combinación de «X», símbolo de lo desconocido, y *ander*, una palabra alemana que significa ajeno, o extraño.

¹ Además del apellido, Pickman también significa literalmente, «Roer a un Hombre».



La Casa del Dr. Xander

Martin D. Brown

—¿Aún se le ve?

—Sí —susurré— y agáchate, imbécil. Anda despacio.

Era cierto. El Dr. Xander andaba muy despacio. No era viejo, pero arrastraba los pies como si tuviera alguna deformidad... algo oscuramente siniestro y nada apropiado.

—¿Se ha ido ya? —preguntó de nuevo Parker.

—Sí. —La figura encorvada había desaparecido por la curva del camino. Parker y yo nos pusimos derechos.

—Maldita sea —dijo, cogiendo su cámara— tengo agujetas.

Yo también las tenía. Tumbarse en la hierba vigilando una casita en mitad de ninguna parte no era lo que un reportero consideraba pasárselo bien. Pero una historia es una historia, y el público debía tener sus sensaciones.

Y es que, de repente, el pequeño pueblo de Elwood se convirtió en el centro de la atención pública, tras descubrirse que sus habitantes habían estado desapareciendo misteriosamente durante años. Era como si hubiera una plaga progresiva y mortal. La gente desaparecía, y no se volvía a saber de ellos. Las autoridades locales parecían impotentes, y mi periódico me había enviado para investigar.

Mis investigaciones se habían centrado finalmente en la figura encorvada y misteriosa del Dr. Xander. Causaba pavor en el pequeño pueblo, pero nadie se atrevía a alzar su mano contra él. La gente retrocedía cuando pasaba a su lado en sus infrecuentes visitas al pueblo, y no se podía engatusar o sobornar a nadie para que se acercara a su pequeña casa de campo al anochecer. Parker y yo no pudimos encontrar una razón concreta para este miedo; sólo rumores imprecisos, susurros siniestros de rústicos sobre lo que no podían comprender.

Así que Parker y yo habíamos montado vigilancia cerca del lugar, y esperamos a que la esquiava figura se fuera al pueblo. Y ahora, al acercarnos a la casa, oímos —o más bien sentimos— algo extraño en el aire.

—Esto no me gusta —murmuró Parker.

A mí tampoco me gustaba. Por algún motivo, alrededor del porche las sombras parecían acercarse más de lo debido, y la vegetación era demasiado exuberante y frondosa. Sentí un escalofrío mientras subía cautelosamente los escalones y empujaba la puerta.

Estaba entreabierta. Por lo visto el Dr. Xander confiaba en que el miedo hacia su vivienda mantuviera alejados a los curiosos.

Dentro, el extraño hedor —era un hedor— era más fuerte. Miré a mi alrededor, usando mi linterna, aunque fuera aún estábamos en pleno día. La habitación estaba vacía, pero daba la impresión de haber sido usada hacía poco.

Parecía haber marcas borrosas de diagramas en el suelo y en las paredes, y también surcos en un extremo de la habitación, como si se hubiera quitado algún objeto pesado. El lugar me recordaba la sede de un culto diabólico que había investigado unos años atrás, y con esto en mente paseé la luz por la habitación, y advertí en un rincón lo que parecía ser un cuenco de algún tipo. Antes de que pudiera investigarlo, hubo un ruido en algún lugar de la casa.

La pistola saltó a mi mano. No era el doctor regresando, ya que el ruido venía de delante de nosotros, no de detrás. Pensando que tal vez algunos de los aldeanos desaparecidos estuvieran prisioneros en el viejo caserón, apreté el frío acero del arma y abrí la puerta.

La habitación estaba vacía, y nos deslizamos a su interior. Parecía ser un laboratorio o una sala de operaciones, con material químico y mesas por todas partes. En el muro del fondo había otra puerta, de la que procedían los ruidos.

Avancé con grandes zancadas, tiré de los pesados cerrojos de la puerta, y la abrí. Parker estaba justo detrás de mí. Lo que vimos, en el breve instante antes de que cerrase la puerta de golpe y huyésemos de la casa, casi nos roba nuestra cordura.

Nunca, hasta el día que me muera, podré borrar la visión que nos recibió. Y es que la habitación estaba repleta de monstruos, pálidas caricaturas del cuerpo humano. No puedo decir si eran humanos o animales. Parecían ser grises, deformes y no tener pelo... y la pestilencia que brotaba de la habitación era abrumadora. Lo peor de todo era el *ruido*; un sonido húmedo y viscoso cuando los seres se movían.

Corrimos como alma que lleva el diablo al pueblo, avisamos a las autoridades, y regresamos... para encontrar ardiendo la casa. Un testigo dijo haber visto al Dr. Xander entrar poco después de habernos marchado.

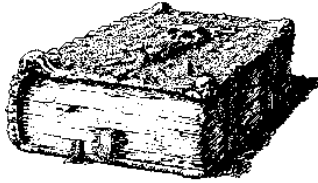
La casa estaba completamente destruida, aunque más tarde encontramos bajo los cimientos restos de lo que parecían ser cuevas. Fueron dinamitadas gracias a mi insistencia fanática, a pesar de aquellos que querían explorarlas para buscar a los aldeanos desaparecidos.

—El Dr. Xander ha debido de estar operando a la gente secuestrada, convirtiéndola en esos seres —dijo Parker, mientras el ruido de los explosivos retumbaba en nuestros oídos. Yo negué con la cabeza.

—He leído el *Necronomicón* —le dije—. Esos... *seres*.. viven en cuevas, y en túneles bajo los cementerios. Y se alimentan de... bueno, no vamos a entrar en eso. Nunca creí que existieran. Pero ya los viste. Probablemente hubiesen sacrificado a los aldeanos a sus obscenos dioses.

—Pero... ¿era cómplice el Dr. Xander de todo esto?

—No... no era cómplice. Era *uno* de ellos.



Es sorprendente ver cómo la pátina de la antigüedad hace que las cosas que en tiempos fueron despreciadas obtengan un sentido tangible de clasicismo venerable. Los viejos y desvencijados fanzines de fantasía de la primera oleada de aficionados post-*Lovecraft* (especialmente *The Acolyte*) han acaparado gran interés como vestigios de la generación «sub-apostólica». Muchos *lovecraftianos* están casi igual de interesados en las vidas y obras de todos los escritores del Círculo de *Lovecraft* que en la obra del propio Viejo Caballero. Y el aura de santidad se extiende por contagio a los fanzines y los relatos de aficionados de aquellos días. La idea es, según creo, «estrechar la mano del que estrechó la mano del que estrechó la mano».

De todos modos, hay algo cada vez más fascinante en los relatos de aficionado de aquellos primeros admiradores de *Lovecraft*, como Duane Rimel, Kenneth Sterling, Richard Searight y otros. «El manto de Graag» es uno de aquellos relatos. La historia apareció por vez primera firmada por «Paul Dennis LaVond», un seudónimo colectivo de tres escritores jóvenes y prometedores: Frederik Pohl, Harry Dockweiller y Robert A.W. Lowndes. El relato apareció en *The Unique Magazine* en octubre de 1941 (¿qué tal serviría como ejemplo de la parábola de la repetición de Derrida?).



El Manto de Graag

Frederick Pohl, Henry Dockweiler
y Robert A. W. Lowndes

—No soy del todo el Hartley que esperabas ver, ¿eh?

Jadeé y retrocedí dando tumbos; el ser que vi me sacudió como un golpe certero en el plexo solar; reculé buscando resuello mientras algo se arrastraba arriba y abajo por mi cuello. Después una miríada de voces gritaron dentro de mi cerebro: *¡No puede ser! ¡No puede ser!*

Él —eso— estaba delante de mí, tratando de sonreír. Tendió los brazos con manos como garras en el viejo gesto que yo había aprendido; entonces bajó las manos. Los labios encogidos se retorcieron y la voz me llegó como si viniera de lejos. Estaba soñando... ¡debía ser una pesadilla!

—Ven, Harvey. —Seguí al ser que había sido Frank Hartley por el vestíbulo que conocía tan bien hasta la tranquila y lujosa habitación en un extremo del apartamento. Sin cambiar, ante mí estaban los muebles extrañamente labrados con sus abundantes envoltorios bárbaros: alfombras orientales, tapices y baratijas exóticas. Sobre la chimenea, el retrato de cuerpo entero de Hartley, realizado años atrás por un amigo artista.

La momia se hundió en el sillón preferido de Hartley, ofreciéndome la familiar caja de tabaco, una extraña composición de mezclas combinada con incienso, un preparado que restringía su consumo a unos cuantos amigos elegidos que compartían los gustos exóticos del autor de la mezcla. Me esforcé por mantener la compostura, azulando el aire con el humo aromático.

—¿Te acuerdas de Roche, Harvey? ¿De Roche, Klarner y Paulsen?

—Sí—murmuré—. Por supuesto. He leído bastante a Roche y a Klarner, y he visto los espléndidos dibujos de Paulsen. Siempre he querido escribirles pero nunca he llegado a hacerlo. Recordarás que te pedí varias veces sus direcciones. ¿Cómo están?

—Muertos —graznó—. Todos muertos. Paulsen fue el primero, después Klarner. Roche se cansó de... esperarlos... y tomó veneno. Siempre fue más práctico que el resto de nosotros. Si yo fuera menos imbécil...

Silencio. Entonces:

—Pero querrás saber qué sucedió... Todo comenzó cuando Hank me invitó junto a Roche y Paulsen a su refugio de caza en Maine para pasar un fin de semana. Paulsen acababa de obtener el divorcio y quería que algo le quitase de la cabeza sus problemas personales; Roche llevaba lo bastante adelantado su trabajo como para tomarse las cosas con calma un tiempo, y yo decidí que podía venirme bien un cambio. Así que hicimos las maletas, nos subimos en el coche de época del año 20 de Klarner y condujimos hasta Maine. De camino, Hank nos habló de la casa que había comprado por una cifra ridícula. Agradablemente retirada, a menos de un cuarto de milla de la carretera principal —en otras palabras, un camino de cabras a través del bosque con pretensiones de ser algo más— y una senda más o menos transitable que llegaba hasta la casa. No estaba lejos de un lago bastante grande y retirado y había varias playas magníficas, de esa clase especial de arena blanca que sólo se encuentra en Maine.

—En aquellos tiempos yo estaba en Maine —interrumpí—. No tenía ni idea de que estuviérais por allí. Pero prosigue...

—Bueno, resulta que Hank había comprado el lugar pero nunca se había quedado mucho tiempo allí. Fue un par de veces para ver si estaba en condiciones, y después lo cerró. Así que estaba tan desprevenido como cualquiera de nosotros ante lo que iba a pasar. Es difícil de describir. Si estuviera escribiendo uno de mis propios relatos fantásticos, sería sencillo. Pero esto fue diferente. Ninguna señal tangible de nada, de ningún tipo. Ni vientos aulladores ni nada similar. Pero en ese lugar algo se nos metió en la cabeza tras la primera noche, y no pudimos librarnos de ello. No vimos, oímos ni olimos nada. No tuvimos extraños sueños. Pero medró en nosotros, tanto que empezamos a buscar por los rincones, golpeando las paredes en busca de paneles ocultos y cosas así. Hank decía que ojalá Lovecraft hubiese podido pasar algún tiempo allí; *él* hubiera podido hacer una descripción real del lugar, hubiera hecho sentir a sus lectores lo que nosotros sentíamos, y además hubiera ideado un final fantástico. Tras la cuarta noche, estábamos a punto de admitir que nos había vencido. Nos daba vergüenza sentirnos así por nada, cuando todos pasábamos gran parte de nuestra existencia evocando horrores sobre papel. Pero no se puede luchar con los nervios inquietos. La quinta noche tuvimos una buena tormenta: cayó un rayo en la chimenea y tiró un montón de ladrillos al hogar. Cuando estábamos limpiando el desorden a la mañana siguiente encontramos el libro. —Su voz se detuvo. Por un momento se quedó sentado mirando al vacío. Su figura esquelética se convulsionó—. Qué extraño —susurró—. Puedo *sentirlos*, pero no hay dolor. No más dolor. Pero puedo... *sentirlos*.

—¿Qué pasa, Frank?

Se estremeció.

—Espera... ¿por dónde iba?... oh, sí, el libro. Era un objeto de aspecto totalmente corriente. Páginas bastante viejas y amarillentas, edición antigua,

completamente en latín. El anterior propietario había garabateado un montón de notas en las guardas, en parte traducciones, en parte comentarios. A veces había grandes signos de interrogación acerca de ciertos párrafos, anotaciones referidas a ciertas páginas de otros libros... el *Necronomicón* y *La canción de Yste* sobre todo. Lo malo era que ninguno de nosotros leía demasiado bien latín, pero por lo que pudimos entender sin duda se trataba de uno de los antiguos objetos que Roche, Klarner y yo mencionábamos en nuestras historias. Oh, no me entiendas mal; no todo es invención de Lovecraft. Cambió unos cuantos nombres, y añadió sus propios detalles. Pero las fuentes son suficientemente veraces.

»Encontramos un auténtico tesoro en unas cuantas páginas escritas con letra apretada pegadas al final del libro. Eran obra del anónimo constructor de la casa, el propietario del libro. Hacían referencia a algo horrible que había hecho veinte años antes...

—¡Espera! —grité—. Este lago del que hablas, ¿tenía aproximadamente la forma de una mano con cinco ensenadas que equivalían a sus dedos? ¿Había una enorme roca en la playa a poca distancia de una gran cueva? ¿Estabais a unas quince millas de una aldea en ruinas conocida popularmente como la Aldea del perro?

—Sí —respondió—. ¿Cómo lo sabes?

—Yo también he estado allí —contesté—. He estado por toda la zona, he visto la casa, he explorado la cueva y he hablado con un viejo al que llaman el Capitán, que cuenta la historia de lo que allí sucedió hace veinte años.

—Entonces ¿sabes algo del tesoro... de Graag?

—¿Graag? Así se llamaba el hombre... el hechicero que construyó la casa. El libro que encontrasteis debía ser suyo. Pero nunca oí hablar de ningún tesoro...

—La referencia estaba en aquellas páginas manuscritas que encontramos pegadas al libro. Había que realizar un ritual. En realidad no pensábamos encontrar un tesoro enterrado en la cueva, pero creíamos que podría haber algo interesante. Alguna base para unos cuantos relatos de terror. Roche nos convenció para que realizásemos el ritual. Aprendimos las señales e hicimos las marcas prescritas. Entonces salimos y cavamos en el lugar mencionado por Graag. Después de media hora no encontramos nada y estábamos a punto de marcharnos a la casa cuando la pala de Paulsen golpeó algo metálico. Se asustó mucho, y quiso alejarse, pero Roche insistió en desenterrarlo fuese lo que fuese. Paulsen se puso cada vez más nervioso... había leído mucho más del libro que nosotros... y comenzó a murmurar acerca de algo a lo que llamaba el *Otro*, el ser que Graag había invocado para sus hechicerías. Pero nos reímos de ello y Roche abrió el cofre con su pico. —Los labios de Hartley temblaron.

—Había... había un gusano, un gran gusano blanco en el cofre sobre un nido de seda. Cuando Klarner lo tocó, el ser se convirtió en polvo. Nos quedamos perplejos, pero Paulsen estaba fuera de sí por el terror. Murmuraba algo acerca del azote del gusano blanco, y del manto de Graag. Estaba oscuro, y nuestras lámparas de mano proporcionaban la luz justa para ver lo que estábamos haciendo.

»De repente Paulsen gritó algo y señaló detrás de nosotros, hacia la boca de la cueva. Miramos; no vimos nada. Paulsen perdió la cabeza y comenzó a barbullar

acerca de una cuarta figura y a desvariar sobre el manto de Graag hasta que Klarner le calmó con un directo. Nos lo llevamos y dejamos el lugar a la mañana siguiente. Paulsen nunca se recuperó de la conmoción por lo que creyó haber visto, y murió tras dos semanas de delirio. Una noche recibí una llamada de Klarner. Estaba gimoteando algo acerca del manto de Graag. Al día siguiente recibí un paquete certificado. Era el libro. Y con él, una larga carta de Klarner. Tras leer la carta, la quemé junto al libro. Nunca volvía a ver vivo a Klarner; y me alegro.

»La carta lo contaba todo... acerca del *Otro*, qué debe hacerse cuando el hechicero está a punto de morir y se ha de permitir el regreso del *Otro*. Narra los rituales de enterramiento del gusano, y la maldición protectora del hechicero sobre los restos terrenales del *Otro*, esa maldición que recibe el nombre de manto del hechicero. Y también contaba lo que sucede a todos aquellos que profanan los restos, lo que sucede a todos aquellos que están presentes, tomen parte en ello o no.

Alzó el tono de su voz.

—¡El gusano! ¡El gusano! El manto de Graag cayó sobre todos nosotros. Sobre Paulsen, pero murió de puro terror antes de que lo encontrasen. Sobre Klarner: sabía lo que significaba el manto de Graag. Sobre Roche: tomó veneno antes de que pudiesen alcanzarlo... y sobre mí. *Ellos* también me han encontrado.

Se levantó con rapidez.

—Harvey —susurró— márchate. ¡Márchate pronto antes de que veas nada! Ha venido; le han construido un lugar. Márchate mientras conservas la cordura, y adiós, Harvey. ¡No me volverás a ver!

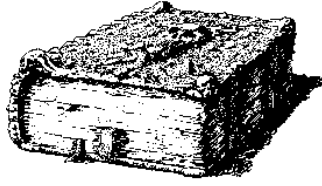
Me agarró, empujándome violentamente hacia el vestíbulo.

—Adiós, Harvey, ¡márchate aprisa!

Parte del terror que sentía fluyó en mi alma. No esperé para hacer más preguntas. Mientras mi mano caía sobre el pomo de la puerta, me medio giré, volviendo la vista. ¡Ojalá no lo hubiese hecho! No leí los periódicos al día siguiente, pero sé que no pudieron describir *cómo* encontraron a Hartley. No se atrevieron a decir la verdad. Lo sé porque lo vi... Posteriormente confirmé su historia; sus palabras acerca del *Otro*, acerca de la conjuración del manto, y del destino que esperaba a todos los presentes cuando se profanara la tumba del *Otro*.

Paulsen no estaba loco cuando esa noche gritó por la presencia de una cuarta figura, apartada de los demás, en la boca de la cueva.

Yo era esa figura.



Uno de los escasos relatos de los Mitos del doctor Lowndes tiene que ver con el *Al-Azif*. Y lo principal es que tiene que ver con la vieja premisa de un extraño muro que resiste a cualquier intento de cruzarlo o evitarlo. La relación entre este extraño fenómeno (una buena premisa para un episodio de *En los límites de la realidad*) y el terrible libro del árabe loco no es arbitraria. No siempre se tiene que recurrir al *Necronomicón* en todo fenómeno paranormal (como si Superman fuera acosado continuamente por ese pesado de Jimmy Olsen; ¿Por qué tuve que darle ese maldito reloj de llamada?). No, aquí hay un símbolo importante y llamativo: el muro infranqueable es la frontera entre el cosmos familiar que conocemos y los horrores indecibles que acechan más allá de la frontera de nuestro cuerdo mundo. Cuando se invoca al *Necronomicón* para averiguar cómo se puede cruzar ese muro, tenemos un símbolo tan potente como el del propio *Necronomicón*; se rompe el sello de un mundo fantástico cuando se abren las tapas de un libro. La cubierta de este libro (como la de cualquier libro) es la puerta a otras dimensiones. «Tuve el libro que desvelaba el camino oculto a través del vacío y de las barreras espaciales que mantienen a raya a los mundos sin dimensiones, y que los guarda desde hace epos en sus propias heredades.» Pero así son todos los libros, ¿no?

Robert Lowndes es conocido principalmente por editar *The Magazine of Horror* a principio de los sesenta, una recopilación que hizo que muchos de los clásicos de los pulps volvieran a estar disponibles, sirviendo de puente entre las primeras colecciones de Arkham House y Gnome Press y la reedición en libros de bolsillo de la ficción de los *pulp*. Lowndes también descubrió a escritores nuevos y con talento de la vieja tradición, además de escribir él mismo un pequeño número de cuentos. Otro, «El abismo», está disponible en la antología *Tales of the Lovecraft Mythos* (Fedogan & Bremer, 1992). Su poesía macabra, las dos series

de «Anales de Arkya», merece ser reimpresa, junto a «Los hongos de Yuggoth», «Los sueños de Yith» y otros, en la colección *Innsmouth Jewelry* proyectada hace tiempo por Lin Carter. Desde luego, Lowndes no falta a su obligación de crear su propio libro de los Mitos, la *Canción de Yste*, al que se hace referencia en este libro y en otros volúmenes de la serie del Ciclo de Cthulhu de Chaosium. «El Muro de Settler» apareció por vez primera como «El muro largo» en *Stirring Science Stories*, en marzo de 1942, bajo el seudónimo de Wilfred Owen Morley. Una versión revisada apareció en *Starling Mystery Stories* n°10, de otoño de 1968. La versión actual apareció originalmente en *Crypt of Cthulhu* n° 62, Candelaria 1989.



El Muro de Settler

Robert A. W. Lowndes

1

Aunque no soy la persona más ordenada en lo que respecta a algunos de mis efectos personales —los libros y discos están ordenados, pero cada vez que abro un cajón de mi escritorio, gimo y juro ordenarlo todo a la semana siguiente— me gusta ver las cosas debidamente elaboradas, y por eso me he resistido a contar esta historia, incluso disfrazada de ficción. No estuve allí en su final, ni yo ni nadie; ninguna persona viva vio lo que sucedió en realidad; la única evidencia son algunas fotografías, y aunque la cámara tal vez no mienta, algunos mentirosos de primera clase son muy hábiles al trabajar con cámaras.

Ocurrió en 1934, cuando mi primo, Frank, estaba pasando el verano en el campamento del CCC¹ en Flagstaff, Maine. La Gran Depresión tal vez hubiese superado para entonces su punto más bajo, pero estaba lejos de acabar, y yo había tenido la suerte de fundar una empresa editorial con un conocido del instituto, Will Richards. Aunque no nos hizo ricos, nos mantuvo fuera del alcance del Lobo Feroz; nuestro *Advertiser* cubría la zona de Stamford-Norwalk, y habíamos llegado al punto en el que tendríamos que decidir si nos expandíamos aún más o veíamos si podíamos asentarnos en nuestro hueco de aquel momento. La decisión inmediata fue tomarnos unas cortas vacaciones y dejar que la pregunta madurara en nuestro subconsciente durante un tiempo. ¿Y por qué no, preguntó Will, ir en coche hasta Maine, ver a Frank y echar un vistazo a lo que estaba haciendo allí el CCC, y después dar una vuelta antes de regresar?

¿Por qué no? Lo hicimos, transportando a un buen número de los colegas de Frank de regreso hacia sus campamentos o hacia sus hogares, dependiendo de si se marchaban de permiso o regresaban de él, y vimos que la 178^a Compañía de

¹Civilian Conservation Corps –Cuerpo Civil de Conservación.

Flagstaff trataba muy bien a los jóvenes que estuviesen dispuestos a trabajar una jornada completa, y se acostumbraban a una cantidad razonable de disciplina. No era una disciplina militar, pero aun así, los oficiales de la reserva del ejército y la marina que tenían el mando de los campamentos podían hacer la vida imposible al tipo que tratara de oponerse al sistema, o no se esforzara por encajar. El joven que ya era un delincuente (no recuerdo si entonces se empleaba el término) no duraba; era expulsado enseguida con un LD (Licenciamiento con Deshonor). Pero podía ver que había muchos, que en otras circunstancias podrían haber cruzado la línea de la delincuencia, para los que ésta era exactamente la oportunidad que necesitaban con tanta urgencia; y estaban aprovechándola.

En el campamento no había alojamiento nocturno para los visitantes, pero encontramos hospedaje cerca del pueblo de Flagstaff, y el fresco de primera hora de la mañana nos encontró de camino a Skowhegan. No recuerdo dónde habíamos planeado ir tras llegar al pueblo —Will dijo algo allí acerca de unos conocidos— ni tampoco importa, porque ese día no llegamos a Skowhegan. Por supuesto, en 1934 existían señales viales, pero eran escasas con respecto a 1968; y aunque no he vuelto a Maine, no me sorprendería encontrar muy cambiada aquella zona.

La Sra. Wing nos indicó el camino, lo que equivalía a buscar una especie de granero «una miaja más adelante en el camino», donde deberíamos girar a la derecha, y después avanzar hasta otra señal una milla más allá, donde tendríamos que girar, etc. Frank nos había advertido acerca del concepto local de distancia, y había varios compañeros suyos del campamento que afirmaban que la medida de una miaja en Maine era la distancia que un poni sano y asustado podía correr antes de desplomarse; todo, absolutamente todo, estaba «una miaja más adelante en el camino». Y pasamos bastante tiempo en caminos de polvo.

Finalmente, llegamos a una señal (prevista) y después alcanzamos una bifurcación en el camino que se nos presentó por sorpresa. Junto a nosotros había pasado solamente un coche, y nosotros habíamos dejado atrás tres viviendas (granjas de buen aspecto). Julio en Maine, dijo Frank, te hace olvidar cosas como que al llegar al campamento casi a finales de abril aún había bancos de más de un metro de nieve.

Aunque estábamos de vacaciones, y no estábamos yendo a ninguna parte, empezaba a tener la sensación de que debíamos parar en la siguiente casa y ver si podíamos conseguir orientarnos. Bajé la ventanilla, golpeé especulativamente mi pipa contra el marco, desconchando un poco más de la desgastada pintura azul, y me pregunté en voz alta si habíamos girado bien.

Will Richards miró su reloj de pulsera.

—Claro que no, Clyde. Ya deberíamos estar en una carretera mejor, y cerca de Skow si no allí ya. —Paró el coche a un lado—. Vamos a descansar un rato, a sacar los mapas y a orientarnos después de un bocadillo o dos.

No se movía un soplo de aire cuando salimos a la tupida hierba, y las nubes parecían estar pintadas en el cielo. Sin embargo, hacía un calor seco, y la única incomodidad eran los calambres que uno sufría por conducir por caminos polvorientos un Ford de época del año 1927. El té del termo estaba lo bastante frío, y los bocadillos de la Sra. Wing estaban lo suficientemente sabrosos y frescos.

Will cogió un guijarro y lo tiró al otro lado de la carretera, donde rebotó en el alto muro del lado izquierdo.

—Menudo muro, ¿no?

Justo entonces tuve una sensación de lo más extraña. Había visto este muro y aun así no le había prestado atención, aunque se extendía hasta donde alcanzaba la vista en ambas direcciones. En él no había marcas visibles desde la carretera, y cuando lo examinamos de cerca, tampoco encontramos ninguna. Nuestra suposición de que tenía tres metros de alto resultó ser correcta; allí se alzaba, sombrío, gris y desgastado por los elementos. Dentro del alcance de nuestra visión no había ni un solo signo distintivo; en ningún punto lo eclipsaban ni árboles, ni enredaderas ni hierba. De hecho, la hierba acababa a unos treinta centímetros de él, en una línea tan recta como era posible imaginarla y el propio muro estaba perfectamente limpio. Ni una hoja —bueno, no había árboles en sus cercanías— ni un guijarro. El que Will había tirado debía de haber rebotado regresando a la hierba; no pensé que lo hubiera tirado tan fuerte. Nos giramos primero a la izquierda y luego a la derecha; el muro corría paralelo al camino, más recto que el camino, y no podíamos ver su extremo en ningún sentido.

—Debe tener varias millas de largo —dijo suavemente Will, y después, como si se preguntara por qué había bajado tanto la voz, se aclaró la garganta para volver a comenzar—. ¿Viste cuándo nos topamos con él?

Negué con la cabeza.

—Espera —dije—. Fue justo después de pasar por ese bache en la carretera. ¿O era un agujero? En cualquier caso, sentí un golpe, y estoy seguro de que el muro comenzó un poco más adelante.

—¿Sabes?, algo así debería aparecer en el mapa. O al menos debería haber algún tipo de cartel que diga «Está a dos millas del famoso Muro Largo» o algo así. Y supongo que la Sra. Wing o Frank deberían haberlo mencionado.

Miré hacia el prado despejado a la derecha del camino, que al fondo se unía a unas colinas arboladas cerca del horizonte. No había ninguna señal visible de viviendas o de asentamientos humanos. En la distancia, podía ver pájaros en el cielo, pero alrededor de nosotros no había un solo signo de vida: ni una hormiga, ni una araña, ni una mosca, ni una avispa, ni un escarabajo, ni una serpiente.

—¿Quién construyó esto y por qué? —Will prosiguió—. Un muro de tres metros de alto y así de largo no se construye a diez o veinte millas de ninguna parte, y por ningún motivo. ¿Sabes?, no parece que haya vivido nadie cerca desde hace muchísimo tiempo. Puede que se despejara el terreno hace tiempo, ya que tampoco hay ningún bosque, o tal vez haya vegas naturales. Tengo que preguntar a un naturalista pero supongo que tiene mucho que ver con la manera en que cambia la calidad del suelo aquí y allá. Apuesto a que estamos a varias millas de la casa más cercana.

Estaba escuchando, pero no sólo a Will.

—¿Te has dado cuenta de lo tranquilo que está todo desde que nos encontramos con el muro? —Anduve hasta él (habíamos permanecido a una distancia respetuosa) y lo escudriñé de la misma manera que un detective se supone que examina las pruebas, con o sin lupa de aumentos—. ¿Sabes?, parece como si estuviera